

era un estigma que lo perseguía como su fatum inexorable. Quevedo, Lope, Tirso, Calderon, Moreto, fueron felices todos, menos Cervantes y Alarcón, á quienes Felipe IV no protegió. Alarcón obtuvo ya tarde, después de largas antepasas, el nombramiento de Relator del Consejo de Indias gracias á su título de Licenciado en Leyes, y vino á América en el apogeo de su gloria, pero de una gloria tardía, rehacia, conquistada palmo á palmo, arrancada á girones á los mimados de la fortuna con los que había justado bizarramente en Madrid.

Volvía de Toulouse! volvía de Weymar! consagrado por el desprecio delator de envidias espúreas, asaeteado por las sutiles flechas del ingenio, asordado por

el graznar de los grajos ampulosos de vanidad y egolatría. Regresaba á sus lares con el sereno orgullo de haber representado dignamente una raza nueva, de haber anunciado la aurora de una nacionalidad embrionaria, que, corriendo los siglos, será un poderoso pueblo; y sólo su muerte vino á proclamar que era un gran dramaturgo!

Espíritu sereno y puro, alma generosa y fuerte, personalidad imperecedera, mora en el Paraíso del Arte, donde resplandece en divina metamorfosis. Su pobre osamenta corcovada y lamentable se ha hecho polvo yacente para resurrección de su grandeza; y es hermoso con la hermosura de la inmortalidad, con la hermosura del genio, con la hermosura de la gloria!

Ruben M. Campos.

SONETOS DE COLOR

LA LIMOSNA

Los niños juegan en el parque...Cálido rocío cae de la altura... Al hombro de una dama apoyado, cruza un pálido joven... En sus pupilas un asombro infantil reverbera; es cual un ansia de vida, y siente en su pulmón cansino la invasión de una ola de fragancia, la ebriedad de la luz, que es como un vino.

Triunfa el silencio en el jardín tran-
[quilo.

Una fuente romántica su hilo de lágrimas desteje... En la desierta senda un mendigo grita sus congojas y pone el aire entre su mano abierta un áureo puño de amarillas hojas!

México, Febrero de 1912.

LA BARRIADA

Tristeza de tramonto... En la barriada, en un febril vaiven, cruzan obreros, carromatos de goznes lastimeros, hetaíras... Sentimental tonada dan al aire organillos pasajeros...

La brisa en acre olor está cargada... y hay en el cielo azul una nevada, una inmensa nevada de luceros!...

Se forman corros, se oyen gritos...salta á la acera la luz de algún tendajo que los rostros furtivamente esmalta...

Y es la calle como una gran arteria en donde el organismo del trabajo vierte todo su fango y su miseria...

José de J. Núñez y Domínguez

